

te, si hay mujeres que van derechas al pecado, ¿no hay muchas que conciben multitud de esperanzas y que no llegan á cometer la falta hasta después de haber marchado errantes por un dédalo de secretas desgracias? Pues eso le ocurría á Dinah, que estaba tan poco dispuesta á faltar á sus deberes, que no amó lo bastante al señor de Clagny para perdonarle su derrota. Su instalación en el palacio de Anzy, el arreglo de sus colecciones y de sus curiosidades, que recibieron nuevo valor con el magnífico y grandioso cuadro que Filiberto Delorme parecía haber construido para este museo, la ocuparon durante algunos meses y la permitieron meditar una de esas resoluciones que sorprenden al público, que desconoce sus motivos, pero que acaba á veces por encontrarlos á fuerza de charlas y de hipótesis.

La reputación de Lousteau, que pasaba por hombre afortunado en amores á causa de sus relaciones con actrices, llamó la atención de la señora de La Baudraye, la cual quiso conocerle, leyó sus obras, se apasionó por él, más bien á causa de su talento que de sus éxitos amorosos, é inventó para atraerle al país la obligación en que se encontraba Sancerre de elegir en las próximas elecciones á una de las dos celebridades del país. Dinah hizo que el ilustre médico fuese iniciado en estos proyectos por medio de Gatién Boirouge, que se decía primo de Bianchón por parte de Popinot, y después logró que un antiguo amigo del señor de Lousteau despertase la atención del folletinista dándole cuenta de las intenciones que tenían algunas personas de Sancerre de elegir diputado entre las

celebridades de Paris. Cansada de verse rodeada de medianías, la señora de La Baudraye iba á ver por fin hombres de verdadero talento, y podría ennoblecer su falta con todo el brillo de su gloria. Ni Lousteau ni Bianchón respondieron; sin duda esperaban las vacaciones. Bianchón, que había obtenido el año anterior una cátedra después de un brillante concurso, no podía dejar de ningún modo á sus alumnos.

En el mes de septiembre, en plena vendimia, los dos parisienses llegaron á su país natal: lo encontraron sumido en las tiránicas ocupaciones de la recolección de 1836, y, por lo tanto, no fueron objeto de ninguna demostración por parte de la opinión pública.

—Hemos hecho fiasco, dijo Lousteau á su compatriota.

En 1836, Lousteau, cansado de diez y seis años de luchas en Paris, y gastado tanto por el placer como por la miseria, los trabajos y los desengaños, parecía tener cuarenta y ocho años, sin embargo de que sólo tenía treinta y siete. Calvo ya, había tomado un aire bironiano en armonía con su vejez anticipada y con los surcos que había dejado en su cara el abuso del vino de Champagne; ponía los estigmas de la crápula á cuenta de la vida literaria, acusando á la prensa de ser mortífera; daba á entender que tenía grandes proyectos á fin de dar gran valor á su cansancio, y creyó necesario exagerar en su país su falso desprecio de la vida y su fingida misantropía. Sin embargo, sus ojos despedían aún á veces llamas como esos volcanes que parecen extinguidos, y el literato procuraba reemplazar

con la elegancia, la juventud que podían echar de menos en él las mujeres.

Horacio Bianchón, condecorado con la Legión de honor, gordo como todo médico que goza de favor, tenía un aire patriarcal, abundantes cabellos, frente bombeada, robustez de mozo de cuerda y tranquilidad de pensador. Esta figura, bastante poco poética, hacía resaltar la de su ligero compatriota.

Estas dos eminencias permanecieron desconocidas durante toda una mañana en la posada donde se albergaban, y sólo el señor de Clagny supo su llegada. La señora de La Baudraye, al tener noticia de tan gran conocimiento, comisionó á Gatién Boirouge para que invitase á los dos parisienses á ir á pasar algunos días al castillo de Anzy. Hacía ya un año que Dinah hacía la castellana, y sólo iba á La Baudraye durante el invierno. El señor Gravier, fiscal de la audiencia, el presidente y Gatién Boirouge dieron á los dos hombres célebres un banquete al que asistieron las personas más ilustradas de la villa. Al saber que la hermosa señora de La Baudraye era Juan Díaz, los dos parisienses se dejaron llevar por tres días al castillo de Anzy en una tartana que guió el mismo Gatién. Este joven, lleno de ilusiones, dijo á los dos parisienses que la señora de La Baudraye no sólo era la mujer más hermosa de Sancerre, dotada de un talento superior y capaz de excitar la envidia de Jorge Sand, sino que, además, les afirmó que su presencia en París produciría profunda sensación. Con estas esperanzas, se comprende cuál sería el asombro del doctor Bianchón y del burlón

folletinista cuando vieron en la escalinata exterior de Anzy á la castellana, vestida con una ligera bata de casimir negro, bajo cuya sencillez excesiva reconocieron ellos enormes pretensiones. Dinah llevaba una boina de terciopelo negro á lo Rafael, por debajo de la cual surgían abundantes rizos. Esta indumentaria ponía de relieve su bonito talle, sus hermosos ojos y sus lindos párpados, marchitos casi por el aburrimiento de la vida que acaba de ser descrita. En Berry, la extravagancia de esta *artística* indumentaria disfrazaba las románticas afectaciones de la mujer eminente. Al ver las zalamerías de la excesivamente amable dueña de la casa, que eran en cierto modo zalamerías de alma y de pensamiento, los dos amigos cambiaron una mirada y tomaron una actitud profundamente seria para escuchar á la señora de La Baudraye, que les hizo una alocución estudiada para darles las gracias por haberse dignado ir á interrumpir la monotonía de su vida. Dinah paseó á sus huéspedes alrededor del cuadro de césped lleno de flores que se extendía delante del palacio de Anzy.

—Señora, ¿cómo ha podido permanecer en provincias una mujer tan hermosa y de tanto talento como usted? ¿Cómo se las arregla usted para resistir esta vida? preguntó el burlón Lous-teau.

—¡Ah! ¡qué quiere usted! dijo la baronesa. No es que se resista. Una profunda desesperación ó una resignación estúpida son la base de nuestra existencia y la roca contra la que se estrellan mil pensamientos estancados que, sin fecundizar el terreno, alimentan las flores que

brotan en nuestras aisladas almas. No crean ustedes que es indiferencia. La indiferencia depende de la resignación ó de la desesperación, y cada mujer se entrega entonces á lo que, según su carácter, le parece un placer. Algunas se entregan á las aficiones culinarias, á la economía doméstica, á los placeres rurales de la vendimia ó de la siega, á la conservación de los frutos, á la confección de manteletas, á los cuidados de la maternidad ó á las intrigas de la villa. Otras atormentan un piano inamovible que suena como un caldero al cabo del séptimo año, y que acaba sus días, asmático, en el palacio de Anzy. Algunas devotas charlan y se ocupan de las cosas de Dios, y comparan al cura Fritaud con el cura Guinard. Se juega á las cartas por la noche, se baila durante doce años con las mismas personas, en los mismos salones y en las mismas épocas. Esta hermosa vida está mezclada de paseos solemnes por el mallo y de visitas de etiqueta entre mujeres que le preguntan á una dónde ha comprado sus ropas. La conversación está limitada al Sur de la inteligencia por las observaciones acerca de las intrigas ocultas en el fondo del agua tranquila de la vida de provincias, al Norte, por los casamientos probables, al Oeste, por las envidias, y al Este, por las palabras intencionadas. Así es que, ¿ven ustedes? dijo deteniéndose, una mujer tiene arrugas á los veintinueve años, ó sea diez antes de la época fijada por las ordenanzas del doctor Bianchón; se pone barrosa prematuramente y amarilla y arrugada como un membrillo. Cuando llegamos á este punto queremos justificar nuestro estado

normal, y entonces atacamos con nuestros acerrados dientes las terribles pasiones de París. Tenemos aquí puritanos despechados que desgarran los encajes de la coquetería y roen la poesía de nuestras bellezas parisienses, que hieren la dicha ajena alabando sus nueces y su tocino rancio, su guarida de ratón económico y los colores pardos y perfumes monásticos de nuestra hermosa vida sanceresca.

—Señora, admiro su valor. Cuando se sufren tamañas desgracias, es preciso tener el talento de convertirlas en virtudes, dijo Bianchón.

Estupefacto de la brillante oración con que Dinah describía la villa provinciana á los parisienses, Gatién Boirouge dió un ligero codazo á Lousteau, al mismo tiempo que le dirigía una mirada y una sonrisa que significaban: «¿Eh? ¿ven ustedes como no les he engañado?»

—Pero, señora, dijo Lousteau, usted nos prueba que estamos aún en París, y me decide usted á robarle ciertas ideas que han de valerme diez francos vertidas en mi folletín.

—¡Oh! caballero, desconfíe usted de las provincianas, replicó la baronesa.

—Y ¿por qué? dijo Lousteau.

La señora de La Baudraye cometió la truhanada, bastante inocente, de señalar á aquellos dos parisienses, entre los cuales quería escoger un vencedor, el lazo en que caería, pensando que en el momento en que no lo viese, ella llevaría la ventaja.

—Al llegar se burlan de ellas, y después, cuando se ha perdido el recuerdo del brillo parisiense, al ver á la provinciana en su esfera, se

le hace la corte, aunque sólo sea por pasatiempo. Usted, que tan célebre se ha hecho por sus amatorios, será objeto de una atención que le halagará... ¡Tenga usted cuidado! exclamó Dinah haciendo un lindo gesto y sobreponiéndose á las ridiculeces provincianas y á Lousteau con estas sarcásticas reflexiones. Cuando una pobre provinciana concibe una pasión excéntrica por un talento, por un parisiense extraviado en provincias, dicha pasión no es para ella un sentimiento, sino una verdadera ocupación que llena por completo su vida. No hay nada más peligroso que el apego de una provinciana, porque es mujer que compara, estudia, sueña, reflexiona, no abandona su ideal y piensa en el que ama cuando su amante no piensa ya en ella. Una de las fatalidades que pesan sobre la provinciana es ese desencadenamiento brusco de las pasiones que se observa frecuentemente en Inglaterra. En provincias, la mujer, constantemente vigilada, se ve obligada á marchar recta por la buena senda ó á salirse bruscamente de ella como una máquina de vapor cuando encuentra un obstáculo. Los combates estratégicos de la pasión y las coqueterías que constituyen la mitad del ser de la parisiense, no existen aquí.

—Es verdad, dijo Lousteau. En el corazón de las provincianas hay sorpresas, como en ciertos juguetes.

—¡Ah! ¡Dios mío! repuso Dinah. Una mujer le habla á usted tres veces durante un invierno y se enamora sin saberlo; de pronto se presenta una gira campestre ó un paseo, y todo está ya dicho, ó mejor, hecho. Esta conducta, extraña

para los que no observan, no deja de ser natural. En lugar de calumniar á la provinciana creyéndola depravada, un poeta como usted, ó un filósofo, un observador como el doctor Bianchón, adivinaría las maravillosas poesías inéditas y descifraría todas las páginas cuyo desenlace aprovecha solamente á algún feliz militar ó á algún gran hombre de provincias.

—Efectivamente, las provincianas que he visto en París eran bastante raptoras...

—Sí, son muy raras, dijo Dinah al mismo tiempo que se encogía ligeramente de hombros.

—Se parecen á esos aficionados que van á las segundas representaciones, seguros de que la pieza no será pateada, replicó el periodista.

—Pues ¿cuál es la causa de sus males? preguntó Bianchón.

—París es el monstruo que origina nuestras penas, respondió la mujer eminente. El mal tiene siete leguas de contorno y aflige al país entero. La provinciana no existe por sí misma. Únicamente en la nación dividida en cincuenta Estados es donde cada uno puede tener fisonomía propia y donde la mujer puede reflejar el brillo de la esfera donde brilla. Según me han dicho, este fenómeno social se observa en Italia, en Alemania y en Suiza; pero en Francia, como en todos los países de capital única, el envilecimiento de las costumbres es una consecuencia obligada de la centralización.

—Así, según usted, las costumbres y el carácter sólo pueden adquirir originalidad mediante una federación de Estados franceses que formen un mismo imperio, dijo Lousteau.

—Lo cual no es de desear, pues Francia tendría entonces que emprender la conquista de demasiados países, dijo Bianchón.

—Inglaterra no ofrece ese inconveniente, exclamó Dinah. Londres no ejerce sobre la nación la tiranía que París hace pesar sobre Francia, tiranía que el genio francés acabará por remediar; pero en cambio su atroz hipocresía tiene algo de horrible que no deja de ser un gran mal.

—La aristocracia inglesa, repuso el periodista aprestándose á plagiar á lord Byron, tiene sobre la nuestra la ventaja de asimilarse todos los talentos que viven en sus magníficos parques, sin ir á Londres más que por espacio de dos meses y viviendo y floreciendo en provincias.

—Sí, es verdad, dijo la señora de La Baudraye, Londres es la capital del comercio y de las especulaciones, y el centro del gobierno. La aristocracia se reúne allí únicamente por espacio de sesenta días, recibe sus órdenes, dirige una mirada á la cocina gubernamental, pasa revista á las hijas casaderas, se despide y se va inmediatamente: es tan poco divertida, que no se soporta á sí misma más que esos cuantos días denominados *la estación*.

—Así se concibe que en la pérfida Albión del *Constitucional* haya siempre probabilidades de encontrar encantadoras mujeres en todos los puntos del reino, exclamó Lousteau para reprimir con un epigrama aquella ligereza de lengua.

—Pero encantadoras mujeres inglesas, replicó la señora de La Baudraye sonriendo. Aquí está mamá, á la que voy á tener el gusto de presen-

tarles, añadió al ver que se aproximaba la señora Piedefer.

Una vez hecha la presentación de los dos elegantes á aquel esqueleto ambicioso que se llamaba señora de Piedefer, alta y seca, de cara barrosa, dientes sospechosos y cabellos teñidos, Dinah dejó en libertad á los parisienses por algunos momentos.

—Vaya, ¿qué les ha parecido á ustedes? dijo Gatién á Lousteau.

—A mí me ha parecido que la mujer de más talento de Sancerre resulta ser sencillamente la más charlatana, contestó el folletinista.

—¡Una mujer que quiere elegirle á usted diputado, un ángel! exclamó Gatién.

—Dispéñeme, había olvidado que está usted enamorado de ella. Disculpe usted el cinismo de un viejo raro como yo. Interrogue usted á Bianchón y ya verá que yo no tengo ilusiones y que digo las cosas tal como son. Esta mujer ha secado indudablemente á su madre como una perdiz expuesta á un fuego excesivo.

Gatién Boirouge buscó medio de repetir á la señora de La Baudraye el dicho del folletinista, y durante la comida, que fué abundante, si no espléndida, la castellana puso gran cuidado en hablar poco. Esta languidez en la conversación reveló la indiscreción de Gatién. Esteban procuró reconquistar simpatías, pero todas las atenciones de Dinah fueron únicamente para Bianchón. No obstante, á la mitad de la velada, la baronesa volvió á mostrarse amable con Lousteau. ¿No habéis observado las grandes bajezas que se cometen á veces por insignificancias?

Aquella noble Dinah, que no quería entregarse á estúpidos, que hacía una vida llena de luchas, de impulsos reprimidos y de poesías inéditas, y que acababa de subir á la roca más alta y más escarpada de sus desdenes para alejarse de Lousteau, de la cual roca no hubiera bajado aunque hubiese visto á aquel falso Byron pidiéndole perdón, brincó de pronto de aquella altura al pensar en su álbum. La señora de La Baudraye había caído en la manía de los autógrafos, y poseía un tomo oblongo cuyas dos terceras partes de hojas estaban en blanco. La baronesa de Fontaine, á quien Dinah se lo había enviado por tres meses, obtuvo con mucho trabajo una línea de Rossini, seis de Meyerbeer, los cuatro versos que Victor Hugo pone en todos los álbums, una estrofa de Lamartine, una frase de Beranger, *Calipso no podía consolarse de la partida de Ulises*, escrito por Jorge Sand, los famosos versos del paraguas por Scribe, una frase de Carlos Nodier, una línea de Julio Dupré, la firma de David de Angers, y tres notas de Héctor Berlioz. Durante los pocos días que el señor de Clagny pasó en París, recogió una canción de Lacenaire, autógrafa muy buscado, dos líneas de Fieschi y una carta excesivamente corta de Napoleón, tres cosas estas que estaban pegadas á sendas hojas del álbum. El señor Gravier, durante un viaje, había hecho escribir en este álbum á las señoritas Mars, Georges, Taglioni y Grisi, y á primeros artistas como Federico Lemaitre, Monrose, Bouffé, Rubini, Lablache, Nourrit y Arnal, pues conocía una sociedad de solterones que le procuraron estos favores. Este principio de colec-

ción fué tanto más precioso para Dinah cuanto que era ella la única que poseía un álbum en diez leguas á la redonda. Hacia dos años que algunas señoritas tenían álbums en los cuales hacían escribir á sus amigos y conocidos frases más ó menos grotescas. Vosotros los que pasáis vuestra vida en recoger autógrafos, vosotros, gentes felices y primitivas, excusaréis á Dinah cuando, temiendo ver marchar á sus huéspedes al cabo de dos días, rogó á Bianchón que enriqueciese su tesoro con algunas líneas, presentándole el álbum.

El médico hizo sonreír á Lousteau enseñándole este pensamiento escrito en la primera página:

«Lo que hace que el pueblo sea tan peligroso, es la circunstancia de que tiene para todos sus crímenes una solución en sus bolsillos.»

»J. B. DE CLAGNY.»

—Apoyemos á este hombre, que es bastante valeroso para defender la causa de la monarquía, dijo al oído de Lousteau el sabio discípulo de Desplein.

Y esto dicho, Bianchón escribió debajo:

«Lo que distingue á Napoleón de un aguador sólo es sensible para la sociedad, y esto no atañe en nada á la Naturaleza. Asimismo, la democracia, que no admite la desigualdad de condiciones, apela sin cesar á la Naturaleza.»

»H. BIANCHÓN.»

—He aquí lo que son los ricos, exclamó Dinah; sacan de su bolsillo una moneda de oro como los pobres cinco céntimos... No sé, dijo volviéndose hacia Lousteau, si abusaré de la hospitalidad pidiéndole algunas estrofas.

—¡Ah! señora, usted me adula, porque Bianchón es un gran hombre, mientras que yo soy un hombre ignorado... Dentro de veinte años mi nombre será más difícil de explicar que el del señor fiscal, cuyo pensamiento suscrito en su álbum indicará ciertamente á un Montesquieu desconocido. Por otra parte, yo necesitaría lo menos veinticuatro horas para improvisar alguna meditación bien amarga...

—Quisiera que me pidiera usted quince días, porque de ese modo le conservaría á usted más tiempo á mi lado, dijo cariñosamente la señora de La Baudraye tendiéndole su álbum.

Al día siguiente, á las cinco de la mañana, los huéspedes del castillo de Anzy estaban de pie, pues el raquítico La Baudraye había organizado una partida de caza para los parisienses. Más bien por vanidad de propietario, que por su gusto, el barón sentía satisfacción en enseñar sus bosques y sus mil doscientas hectáreas de landas que pensaba cultivar; empresa esta que exigía cien mil francos de gasto, pero que haría ascender de treinta á sesenta mil francos las rentas de la tierra de Anzy.

—¿Sabe usted por qué no ha querido venir á cazar con nosotros el señor fiscal? dijo Gatién al señor Gravier.

—Sí, nos ha dicho que tenía hoy audiencia, respondió el recaudador de contribuciones.

—¿Y lo ha creído usted? ¡Vaya, vaya, hombre! si mi papá me dijo que no podríamos ver hoy al señor Lebas porque el señor de Clagny le ha rogado que le sustituyese en la audiencia.

—¡Ah, diablo! ¡y el señor de La Baudraye que parte para La Charité! dijo Gravier palideciendo.

—Pero ¿por qué se meten ustedes en lo que no les importa? dijo Horacio Bianchón á Gatién.

—Horacio tiene razón, dijo Lousteau. No comprendo cómo se ocupan unos tanto de otros y pierden tan miserablemente el tiempo.

Horacio Bianchón miró á Lousteau como para decirle que sus malicias no eran comprendidas en Sancerre. Al llegar á una encrucijada del camino, el señor Gravier dejó que se adelantaran los dos hombres célebres y Gatién, y dió media vuelta.

—Bueno, esperaremos al hacendista, dijo Bianchón cuando llegaron á una parte despejada del bosque.

—¿Al hacendista? replicó Gatién. Podrá usted ser un hombre eminente en medicina, pero es usted un ignorante en vida provinciana. ¿Espera usted al señor Gravier? ¡Está usted fresco! El taimado corre ya como una liebre á pesar de su panza, y á estas horas está á veinte minutos de Anzy... (Gatién sacó el reloj.) Sí, aun llegará á tiempo.

—¿Adónde?

—Al castillo, para almorzar, respondió Gatién. ¿Cree usted que yo estaría tranquilo si la señora de La Baudraye se quedase sola con el señor de Clagny? Ahora ya están los dos juntos,

se vigilarán mutuamente, y Dinah está bien guardada.

—¡Ah, caramba! ¿aun no se ha decidido á elegir la señora de La Baudraye? dijo Lousteau.

—Mamá cree que no; pero yo temo que el señor de Clagny haya acabado por fascinar á la baronesa; si ha podido mostrarle con su elección algunas probabilidades de vestir la toga del ministerio, es fácil que haya convertido en atractivos de Adonis su piel de topo, sus ojos terribles, su vasta cabellera, su voz de ujier constipado y su delgadez de poeta hambriento. Si Dinah llega á creer que el señor de Clagny ha de ser fiscal general, acabará por no percibir sus defectos y creerle guapo. La elocuencia tiene grandes privilegios. Por otra parte, la señora de La Baudraye está llena de ambición, Sancerre no le gusta, y sueña con las grandezas parisienses.

—Pero ¿qué interés tiene usted en todo eso? dijo Lousteau, porque si ama al fiscal... ¡Ah! usted cree que no le amaré mucho tiempo, y espera sucederle.

—Ustedes encuentran en París tantas mujeres como días tiene el año, dijo Gatién. Pero en Sancerre, donde no se encuentran seis, y donde de estas seis, cinco tienen desordenadas pretensiones á la virtud, cuando la más hermosa le mantiene á uno á una enorme distancia con miradas desdeñosas como si fuese una princesa, me parece que es muy lógico que un joven de veintitrés años como yo procure adivinar los secretos de esa mujer, la cual se verá entonces obligada á guardarme ciertas consideraciones.

—¿Eso se llaman aquí *consideraciones*? dijo el periodista sonriendo.

—Creo á la señora de La Baudraye dotada de demasiado buen gusto para pensar que se ocupe de ese viejo mono, dijo Bianchón.

—Horacio, sabio intérprete de la naturaleza humana, vamos á ver, tendamos un lazo al fiscal, y así haremos un favor á nuestro amigo Gatién y nos reiremos. Nunca he sentido simpatía por los fiscales.

—Es que tienes un justo presentimiento de tu destino, le dijo Horacio. Pero ¿qué hacer?

—Mira, después de la comida, contemos algunas historias de mujeres que, sorprendidas por sus maridos, hayan sido matadas, asesinadas en circunstancias terroríficas. Veremos la cara que pondrán la señora de La Baudraye y el señor de Clagny.

—No está mal, dijo Bianchón; es difícil que alguno de los dos no se venda con algún gesto ó con alguna reflexión.

—Yo conozco un director de un periódico que, con objeto de evitarse un triste porvenir, no admite más que historias en que los amantes sean quemados, picados, disecados, y en que las mujeres sean hervidas, fritas ó asadas. Él le lleva estas espantosas historias á su mujer esperando que le ha de ser fiel por miedo, y, al entregárselas, le dice traduciendo las palabras de Adolfo á Agnés: «¡Mira, hija mía, adónde conduce una falta!»

—La señora de La Baudraye es completamente inocente, y, á mi juicio, este joven ve visiones, dijo Bianchón. La señora Piedefer me

parece ser demasiado devota para invitar al amante al palacio de su hija. La señora de La Baudraye tendría que engañar á su madre, á su marido, á su camarera y á la de su madre, y me parece demasiado trabajo.

—Trabajo tanto mayor cuanto que su marido no la deja un momento, añadió Gatién.

—Me parece que nos acordaremos siempre de una ó dos historias que voy á inventar para hacer temblar á Dinah, dijo Lousteau. A usted, joven, y á ti, Bianchón, les ruego que afecten una actitud severa, que se muestren diplomáticos y que espíen con disimulo la cara de los dos criminales, mirando de soslayo, en el espejo ó á hurtadillas, ¿me comprenden? De este modo, ahora cazaremos la liebre, y por la noche al fiscal.

La velada empezó triunfalmente para Lousteau, que entregó el álbum á la baronesa con la siguiente elegía:

ESPLÍN

Sumido en este mundo de egoísmo,
triste, solo, errante y sin fortuna,
huyendo del mal con heroísmo
y ahorrado por él desde la cuna,
¡no sé cómo una dama
versos míos solícita reclama!

A cada cual lo suyo debe darse:
y este álbum, á una hembra destinado,
no debe con mis penas marchitarse.
Lejos de esto, á hablar me veo obligado
de amor, de goces y de gratos sueños,
y de Dios un poquito por lo menos,

¡Que á describir la dicha me decida!
¡Sangrienta y dura petición es esta,
cansado como me hallo de la vida,
que empieza á serme ya un tanto funesta!
¿Puede hablársele á un huérfano de madre,
ó á un ciego de colores,
sin despertar en su alma mil dolores?

El hombre que cual yo se ve obligado
á perder entusiasmo y esperanza,
al ver su amor frustrado,
pedir la muerte debe sin tardanza.
La vida sin amor es una carga
que evita que la muerte sea amarga.

¡Cuán digno de compasión me considero
cuando á veces de Dios blasfemo el nombre,
diciéndome á mí mismo:
¿Por qué he de bendecirle como hombre,
si en vez de hacerme noble, guapo y rico,
me creó desgraciado, feo y pobre?

ESTEBAN LOUSTEAU

Septiembre 1836, castillo de Anzy.

—Y ¿ha compuesto usted estos versos desde ayer? preguntó el fiscal con desconfianza.

—¡Oh! sí, los hice cazando, y fácilmente se conoce. Hubiera deseado hacer cosa mejor para la señora.

—¡Caramba! ¡si estos versos son magníficos! dijo Dinah fijando sus ojos en el cielo.

—Desgraciadamente, son la expresión de un sentimiento demasiado verdadero, respondió Lousteau con aire profundamente triste.

Todo el mundo comprenderá que el periodista conservaba estos versos en la memoria hacía ya diez años, pues le habían sido inspirados cuando

la Restauración por las dificultades de medrar. La señora de La Baudraye miró al periodista con la piedad que inspiran las desgracias del genio, y el señor de Clagny, que sorprendió esta mirada, tomó terrible odio al poeta. Pero después el fiscal se puso á jugar al chaquete con el cura de Sancerre. El hijo del presidente tuvo la excesiva complacencia de llevar el quinqué á los jugadores, y lo colocó de manera que la luz diese de lleno á la señora de La Baudraye, la cual reanudó su labor de guarnecer de lana una canastilla de papel. Los tres conspiradores se agruparon en torno de estos personajes.

—Señora, ¿para quién hace esa bonita canastilla? le preguntó el periodista. ¿Es acaso para alguna rifa de beneficencia?

—No, encuentro demasiada afectación en la caridad hecha á tambor batiente.

—Es usted muy indiscreto, dijo Gravier.

—¿Hay indiscreción en preguntar quién es el feliz mortal que ha de recibir ese regalo? dijo Lousteau.

—No es para ningún feliz mortal, repuso la baronesa, es para mi esposo.

El fiscal miró socarronamente á la señora de La Baudraye y á la canastilla, como si se dijese interiormente:

—¡Adiós mi regalo!

—¡Cómo! señora, ¿no quiere usted que lo consideremos feliz teniendo una mujer hermosa y que le hace tan encantadores regalos? Si yo me caso alguna vez, no desearía más que al cabo de doce años de matrimonio hiciese mi mujer canastillas de papel para mí.

—Y ¿por qué no habían de ser para usted? dijo la señora de La Baudraye fijando en Esteban sus hermosos ojos con coquetería.

—Los parisienses no creen en nada, y, sobre todo, ponen con espantosa audacia en tela de juicio la virtud de las mujeres, objetó el fiscal con expresión amarga. Si, hace ya algún tiempo que la mayoría de los libros que escriben ustedes los escritores, y sus revistas, sus piezas teatrales y su infame literatura se basa en el adulterio.

—¡Eh! señor fiscal, yo le he dejado á usted jugar tranquilamente, no le atacaba y usted me dirige una filípica, repuso Esteban riéndose. A fe de periodista, que yo he escrito más de cien artículos contra los autores á que usted se refiere; pero confieso que si les atacué fué más bien por criticar que por otra cosa. Seamos justos: si los condena usted, hay que condenar á Horacio y á su *Iliada*, que trata de la hermosa Elena; hay que condenar *El paraíso perdido*, de Milton, pues Eva y la serpiente no son otra cosa que un adulterio simbólico; hay que suprimir los *Salmos* de David, inspirados por los amores excesivamente adúlteros de aquel Luis XIV hebreo; hay que arrojar al fuego al *Mitridates*, *Tartufo*, *La escuela de las mujeres*, *Fedro*, *Andrómaca*, *El casamiento de Figaro*, *El Infierno*, de Dante, los sonetos de Petrarca, todo el J. J. Rousseau, las novelas de la Edad media, la historia de Francia, las novelas, etc., etc. A excepción de la *Historia de las variaciones* de Bossuet, y de las *Provinciales* de Pascal, no creo que queden muchos libros que leer si quiere usted eliminar

aquellos en que se trata de mujeres que han sido amadas ilícitamente.

—¡Vaya una desgracia! dijo el señor de Clagny.

Esteban, herido del aire magistral que tomaba el señor de Clagny, quiso hacerle rabiarse mediante una de esas bromas que consisten en defender opiniones que no se tienen, á fin de poner furioso á un pobre hombre de buena fe, verdadera broma de periodista.

—Considerándole desde el punto de vista político que está usted obligado á ocupar, dijo Lousteau continuando sin hacer caso de la exclamación del magistrado, la religión católica está infectada en su origen de una violenta ilegalidad conyugal. A los ojos del rey Herodes, á los de Pilatos, que defendía el gobierno romano, la mujer de José podía parecer adúltera, puesto que, según su propia confesión, José no era padre de Cristo. El juez pagano no admitía la inmaculada concepción, como usted no admitiría un milagro semejante si alguna religión surgiese hoy apoyándose en un misterio de este género. ¿Cree usted que un tribunal admitiría hoy una nueva intervención del Espíritu Santo? Ahora bien, ¿quién puede atreverse á decir que Dios no puede volver á redimir de nuevo la humanidad? ¿acaso es hoy mejor el hombre que en tiempo de Tiberio?

—Sus razonamientos de usted son un verdadero sacrilegio, respondió el fiscal.

—Conforme, dijo el periodista; pero conste que no los hago con mala intención. Usted no puede negar los hechos históricos. Para mí, Pilatos condenando á Jesucristo, y Anito, miembro

del partido aristocrático de Atenas, pidiendo la muerte de Sócrates, representaban sociedades establecidas que se creían legítimas, que estaban revestidas de poderes y que se veían obligadas á defenderse. Pilatos y Anito eran entonces tan lógicos como los fiscales que pedían la cabeza de los sargentos de la Rochela y que hacen caer hoy la cabeza de los republicanos armados contra el trono de julio, y las de los innovadores cuyo objeto es derribar en provecho propio las sociedades bajo pretexto de organizarlas mejor. Para las grandes familias de Atenas y para el imperio romano, Sócrates y Jesús eran criminales; para aquellas antiguas aristocracias sus opiniones se parecían á las de la Montagne; suponían á sus sectarios triunfantes, y sacaréis la consecuencia de que hubiesen hecho un pequeño 93 en el imperio romano ó en el Ática.

—Caballero, ¿adónde quiere usted ir á parar? dijo el produrador del rey.

—¡Al adulterio! Entiendo yo, señor mío, que un budista, fumando en su pipa, tiene perfecto derecho á decir que la religión de los cristianos está fundada en el adulterio, como nosotros decimos que Mahoma es un impostor, que su Corán es una reimpresión de la Biblia y del Evangelio, y que Dios no ha tenido nunca intención de hacer profeta suyo á aquel conductor de camellos.

—Si hubiese en Francia muchos hombres como usted, y desgraciadamente hay bastantes, sería imposible todo gobierno.

—¡Y no habría religión! dijo la señora Piedefer, que había hecho extrañas muecas mientras duró esta discusión.

—Les estás dando un disgusto atroz, dijo Bianchón al oído de Esteban. No hables de religión y no les digas cosas tan atroces.

—Si yo fuese escritor novelista, dijo el señor Gravier, tomaría la defensa de los maridos desgraciados. Yo, que he visto cosas muy raras, sé que entre los maridos desgraciados los hay que no carecen de energía y que sufren de un modo atroz, añadió mirando á Esteban.

—Señor Gravier, tiene usted mucha razón, dijo Lousteau. A mí nunca me han parecido ridículos los maridos engañados; al contrario, me son sumamente simpáticos.

—¿No encuentra usted sublime la confianza de un marido? dijo entonces Bianchón. Si cree en su mujer y no sospecha de ella, le llaman Juan Lanás y se burlan de él; si es desconfiado y celoso, le odian; ¿quiere usted decirme qué actitud debe tomar el hombre de talento?

—Si el señor fiscal no acabase de pronunciarse tan abiertamente contra la inmoralidad de los relatos en que se viola la carta conyugal, les contaría á ustedes una venganza de marido, dijo Lousteau.

El señor de Clagny arrojó los dados con ademán nervioso, y ni siquiera se dignó mirar al periodista.

—¡Cómo! ¿una relación suya? exclamó la señora de La Baudraye. Nunca me hubiera atrevido yo á pedirle que nos diera ese gusto.

—Señora, no es mía, yo no tengo tanto talento; me fué contada con mucha gracia por uno de nuestros escritores más célebres, por el mejor músico literario que tenemos, por Carlos Nodier.

—Pues bien, comience usted, repuso Dinah. Yo no he oído nunca al señor Nodier, y no debe usted temer la comparación.

—Poco tiempo después del diez y ocho de brumario, dijo Lousteau, ya saben ustedes que la nobleza hizo un levantamiento en Bretaña y en Vandea. El primer cónsul, ansioso de pacificar á Francia, entabló negociaciones con los principales jefes y desplegó las más vigorosas medidas militares. Pero al mismo tiempo que combinaba planes de campaña, puso en juego los resortes maquiavélicos de la policía, confiada á la sazón á Fouché. Nada de aquello fué inútil para ahogar la guerra encendida en el Oeste. Por esta época, un joven, perteneciente á la familia Maillé, fué enviado por los chuanes de Bretaña á Saumur, á fin de establecer relaciones entre ciertas personas de la villa ó de los alrededores y los jefes de la insurrección realista. Al tener noticias de este viaje, la policía de París despidió agentes suyos con el encargo de apoderarse del joven emisario á su llegada á Saumur. Efectivamente, el embajador fué detenido el mismo día de su desembarque, pues se trasladó allí en un barco, disfrazado de marinero. Como hombre precavido, el insurrecto había calculado todas las probabilidades de su empresa, y sus papeles estaban tan en regla, que los agentes enviados para cogerle, temieron haberse engañado. El caballero de Beauvoir, cuyo nombre no recuerdo ahora, había meditado perfectamente su papel: apeló á su falsa familia, alegó su falso domicilio y sostuvo tan atrevidamente el interrogatorio, que hubiera sido puesto en libertad sin la especie de

ciega creencia que los espías tuvieron en sus instrucciones, que, desgraciadamente, eran exactas. En la duda, los agentes prefirieron cometer un acto arbitrario que dejar escapar á un hombre cuya captura parecía tener una gran importancia para el ministro. En aquellos tiempos de libertad, los agentes del poder nacional se preocupaban muy poco de lo que nosotros llamamos hoy la *legalidad*. El caballero fué, pues, arrestado provisionalmente hasta que las autoridades superiores decidieran. La decisión no se dejó esperar. A pesar de las negativas del prisionero, la policía ordenó que se le vigilase estrechamente. Cumplimentando unas órdenes recibidas, el caballero de Beauvoir fué trasladado al castillo de la Escarpa. Esta fortaleza, asentada sobre rocas de gran elevación, tiene por fosos precipicios, se llega á él por rápidas y peligrosas pendientes, y, como todos los castillos antiguos, la puerta principal tiene un puente levadizo y está defendida por un enorme foso. El comandante de esta prisión, encantado de tener que vigilar á un hombre distinguido, cuyos modales eran muy agradables, que se expresaba maravillosamente y que parecía instruido, cualidad rara á la sazón, aceptó al caballero como un beneficio de la Providencia, y le propuso dejarle libre en la Escarpa, bajo su palabra de honor, y que hiciese causa con él contra el aburrimiento. ¿Qué más podía querer el prisionero? Beauvoir era un noble leal; pero, por desgracia suya, era guapo, tenía figura atractiva, aire resuelto, palabra insinuante y una fuerza prodigiosa. Agil, bien plantado, emprendedor y amante del peligro, aquel hombre hu-

biera sido un excelente jefe de partidarios. El comandante asignó la habitación más cómoda á su prisionero, lo admitió á su mesa, y en un principio sólo tuvo palabras para alabar al vandeano. Este comandante era corso y casado: su mujer, bonita y agradable, le parecía sin duda difícil de guardar; en una palabra, que era celoso en su calidad de corso y de militar estafalario. Beauvoir gustó á la dama, él la encontró muy de su agrado, y ¡quién sabe! acaso se amaron. ¡Incita tanto al amor la pasión! ¿Cometieron alguna imprudencia? ¿Traspasó los límites de esa galantería superficial hacia las mujeres, que es casi en nosotros un deber, el sentimiento que se inspiraron mutuamente? Beauvoir no se explicó nunca acerca de este punto obscuro de su historia; pero lo que se sabe de cierto es que el comandante se creyó con derecho á tratar con él mayor rigor á su prisionero. Beauvoir, cumpliendo el programa completo de las distracciones prodigadas á los cautivos, fué encadenado y puesto á pan y agua. El calabozo, situado debajo de la azotea, tenía el techo de piedra, las paredes de un espesor desesperante y la torre daba á un precipicio. Cuando el pobre Beauvoir reconoció la imposibilidad de evadirse, cayó en una de esos arrobamientos que son á la vez la desesperación y el consuelo de los prisioneros; se ocupó de esas insignificancias que se convierten en cosas importantes, contó las horas y los días, hizo el aprendizaje del triste *estado de prisionero*, se replegó en sí mismo y apreció el valor del aire y del sol. Al cabo de quince días sintió esa terrible enfermedad, esa fiebre de libertad que

lleva á los prisioneros á esas sublimes empresas cuyos prodigiosos resultados nos parecen inexplicables, sin embargo de ser reales, y que mi amigo el doctor, dijo volviéndose hacia Bianchón, atribuiría sin duda á fuerzas desconocidas, que son el recurso desesperado de su análisis fisiológico, y á misterios de la voluntad humana cuya profundidad espanta á la ciencia. Bianchón hizo un signo negativo. Al ver que la muerte era lo único que podía devolverle la libertad, Beauvoir se desesperaba. Una mañana, el carcelero encargado de llevar la comida al prisionero, en lugar de marcharse después de haberle dado su escasa ración, se quedó ante él con los brazos cruzados y lo contempló de un modo extraño. Entre ellos la conversación se reducía, generalmente, á pocas palabras, y el guardián no la empezaba nunca; así es que el caballero quedó muy sorprendido cuando aquel hombre le dijo:—Señor, usted sabrá el por qué se hace llamar siempre señor Lebrún ó ciudadano Lebrún. Eso á mí no me importa, porque mi misión no es averiguar la autenticidad de los nombres. Me es completamente indiferente que se llame usted Pedro ó Pablo. Sin embargo, yo sé, dijo guiñándole un ojo, que usted es don Carlos Félix Teodoro, caballero de Beauvoir, primo de la señora duquesa de Maillé... ¿eh? añadió el carcelero con aire de triunfo después de haber mirado durante algunos instantes en silencio al prisionero. Beauvoir, al verse de aquel modo encarcelado, no creyó que su posición pudiese empeorar confesando su verdadero nombre, y le dijo:—Y aunque yo fuese el caballero Beauvoir, ¿qué gana-

ría?—¡Oh! ganaría usted mucho, replicó el carcelero. Escuche usted. Yo acabo de recibir dinero para facilitar su evasión; pero si sospechasen la menor cosa de mí, me fusilarían en el acto. Así es que me he prestado á meterme en este asunto nada más que por ganar dinero. Mire usted, señor, aquí tiene una llave, con la cual puede limar uno de los barrotes, dijo sacando del bolsillo una limita.—¡Diantre! ¡la evasión no va á ser cómoda! dijo el prisionero señalando la estrecha abertura por donde entraba la luz en el calabozo. Era aquélla una especie de hueco practicado debajo de los arbotantes que coronaban exteriormente la fortaleza.—Señor, dijo el carcelero, tendrá usted que limar el barroto lo justo para que pueda usted pasar.—¡Oh! no tengas cuidado, pasaré, repuso el prisionero.—Y bastante alto para que le quede lugar para atar una cuerda, añadió el guardián.—¿Dónde está la cuerda? preguntó Beauvoir.—Aquí la tiene usted, respondió el carcelero entregándole una cuerda con nudos. Ha sido fabricada con tela á fin de hacer suponer que la confeccionó usted mismo, y me parece que tendrá la suficiente largura. Cuando esté usted en el último nudo déjese caer con cuidado, y lo demás ya correrá de su cuenta. Es probable que encuentre usted en los alrededores un coche y amigos que le esperan. Pero, en fin, yo no sé nada. No necesito advertirle que hay un centinela en la torre, y que debe escoger una noche oscura y acechar el momento en que el centinela esté durmiendo. Si no hace usted esto, se arriesga á recibir un balazo.—Está bien, está bien, no tenga cuidado, que no me pudriré aquí,